

1 de noviembre

Solemnidad de Todos los Santos

Ap 7, 2-4. 9-14 / Sal 23 / 1 Jn 3, 1-3 / Mt 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.»

(Mateo 5, 1-12a)

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Las bienaventuranzas pueden leerse como el retrato de un santo, especialmente en esta solemnidad que celebramos. Son el autorretrato de Jesús y la propuesta de santidad para todos sus discípulos.

Subió a la montaña. Jesús es el nuevo Moisés, que subió al monte Sinaí para recibir la ley de los diez mandamientos. Jesús va a exponer su Ley, la definitiva, superior a los diez mandamientos.

Se sentó: Jesús es el auténtico Maestro, que va a dar su mensaje y su enseñanza definitiva.

Se le acercaron sus discípulos. Todos somos discípulos en la escuela de Jesús. Tenemos que aprender bien esta enseñanza y llevarla a la vida. Tanta gente, es decir, todos. La enseñanza de Jesús es para todos.

Mateo expresa la vida del discípulo de Jesús para comprender y vivir el camino de la felicidad. La enseñanza de Jesús no es para un pequeño grupo de seguidores. No es una serie de consejos para selectos. Tampoco no son normas de conducta. Es todo un estilo de vida.

La enseñanza de Jesús va dirigida a vivir el Evangelio como un camino hacia la felicidad. Como el mismo Jesús lo vivió. Él es el primer bienaventurado. Y es el modelo y el guía para todo aquel que, aun en situaciones difíciles y duras, intenta vivir con gozo tales momentos. Jesús nos dice con sus palabras, pero más con sus gestos, que el creyente puede dominar el sufrimiento y convertirlo en fuente de bien y de gozo.

Las bienaventuranzas no son sólo una promesa para el futuro. Son, más bien, una exhortación para vivir el presente. Si aquí logras ser feliz, también lo serás en el más allá.

La enseñanza de Jesús en las bienaventuranzas puede sonar a contradicción: donde hay pobreza, Jesús pone felicidad; donde hay sufrimiento Jesús promete consuelo... Jesús nos propone el modo de superar las mayores dificultades. Llama dichosos a los pobres de espíritu, porque ellos no viven apegados a los bienes de la tierra, sino que han puesto toda su confianza en el Señor y su riqueza mayor es el Padre.

Las bienaventuranzas proclaman que el Reino de Dios está ya en la tierra. Es el tiempo, anunciado por los profetas, en el cual: los pobres, los hambrientos, los perseguidos, los que no cuentan y los que no valen llegarán a ser felices. Y la razón más importante para sentirse felices es que el Padre los ama con amor misericordioso y total. Con Jesús, ya está el Reino (el plan) de Dios con los más desdichados.

Con la implantación del Reino, Jesús invierte los valores de la sociedad. Porque los pobres, los perseguidos, los sufridos son los que cuentan ante Dios. Y Jesús lo manifiesta con palabras y con gestos. Y esta proclamación es para todos. Al ver tanta gente..., Jesús proclama las bienaventuranzas.

Jesús es la Palabra verdadera de Dios. Cuando Jesús dice las bienaventuranzas, esto se convierte en absoluta verdad para sus discípulos. Esto se realiza. Lo vemos plasmado en el mismo Jesús, sereno y feliz en medio de tanta persecución y sufrimiento. Y, al fin, Resucitado.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La primera lectura de hoy, del Libro del Apocalipsis, nos habla del cielo y nos coloca ante «una muchedumbre inmensa», que nadie podía contar, «de toda nación, razas, pueblos y lenguas» (Apocalipsis 7, 9). Son los santos. ¿Qué hacen «allá arriba»? Cantan juntos, alaban a Dios con alegría. Sería hermoso escuchar su canto... Pero podemos imaginarlo: ¿sabéis cuándo? Durante la misa, cuando cantamos «Santo, santo, santo el Señor, Dios del universo...». Es un himno, dice la Biblia, que viene del cielo, que se canta allí (cf. Isaías 6, 3, Apocalipsis 4, 8), un himno de alabanza. Entonces, cantando el «Santo», no solo pensamos en los santos, sino que hacemos lo que ellos hacen: en ese momento, en la misa, nos unimos a ellos más que nunca.

Y estamos unidos a todos los santos: no solo a los más conocidos, del calendario, sino también a los «de la puerta de al lado», a los miembros de nuestra familia y conocidos que ahora forman parte de esa inmensa multitud. Hoy, pues, es una fiesta familiar. Los santos están cerca de nosotros, de hecho, son nuestros verdaderos hermanos y hermanas. Nos entienden, nos aman, saben lo que es nuestro verdadero bien, nos ayudan y nos esperan. Son felices y nos quieren felices con ellos en el paraíso.

Por este motivo, nos invitan al camino de la felicidad, indicado en el Evangelio de hoy, tan hermoso y conocido: «Bienaventurados los pobres de espíritu [...] Bienaventurados los mansos, Bienaventurados los limpios de corazón... » (cf. Mateo 5, 3-8). El Evangelio dice bienaventurados los pobres, mientras que el mundo dice bienaventurados los ricos. El Evangelio dice bienaventurados los mansos, mientras que el mundo dice bienaventurados los prepotentes. El Evangelio dice bienaventurados los puros, mientras que el mundo dice bienaventurados los astutos y los vividores. Este camino de la bienaventuranza, de la santidad, parece conducir al fracaso. Y, sin embargo, —la primera lectura nos lo recuerda de nuevo— los santos tienen «palmas en sus manos» (v. 9), es decir, los símbolos de la victoria. Han ganado ellos, no el mundo. Y nos exhortan a elegir su parte, la de Dios que es santo.

Preguntémonos de qué lado estamos: ¿del cielo o de la tierra? ¿Vivimos para el Señor o para nosotros mismos, para la felicidad eterna o para alguna satisfacción ahora? Preguntémonos: ¿realmente queremos la santidad? ¿O nos contentamos con ser cristianos sin pena ni gloria, que creen en Dios y estiman a los demás pero sin exagerar? El Señor «lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados» (Exhortación apostólica Gaudete et exsultate, 1). En resumen, ¡o santidad o nada! Es bueno para nosotros dejarnos provocar por los santos, que no han tenido medias tintas aquí y desde allí nos «animan» para que elijamos a Dios, la humildad, la mansedumbre, la misericordia, la pureza, para que nos apasionemos por el cielo más que por la tierra.

Hoy, nuestros hermanos y hermanas no nos piden que escuchemos otra vez un bello Evangelio, sino que lo pongamos en práctica, que emprendamos el camino de las Bienaventuranzas. No se trata de hacer cosas extraordinarias, sino de seguir todos los días este camino que nos lleva al cielo, nos lleva a la familia, nos lleva a casa.

Así que hoy vislumbramos nuestro futuro y celebramos aquello por lo que nacimos: nacimos para no morir nunca más, ¡nacimos para disfrutar de la felicidad de Dios! El Señor nos anima y quienquiera que tome el camino de las Bienaventuranzas dice: «Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» (Mateo 5, 12). ¡Que la Santa Madre de Dios, Reina de los santos, nos ayude a caminar decididos por la senda de la santidad! Que Ella, que es la Puerta del Cielo, lleve a nuestros amados difuntos a la familia celestial.

Papa Francisco. Ángelus 1/11/2018

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Los que a la pobreza se abrazan
de los cielos han de gozar.

**Cerca del Señor por una eternidad,
¡Bienaventurados serán!**

Los que sean mansos y humildes,
poseer la tierra podrán.

Cerca del Señor...

Todos los que gimen y lloran,
luego consolados serán.

Cerca del Señor...

Quien tenga hambre y sed de justicia,
su hambre y sed saciadas verá.

Cerca del Señor...

Los de corazón compasivo,
compasión en Dios hallarán.

Cerca del Señor...

Los que el corazón tengan limpio,
cara a cara a Dios han de ver.

Cerca del Señor...

Los que siembran paz a su paso
de Dios hijos se llamarán.

Cerca del Señor...

De los perseguidos sin causa
el reino del cielo será.

Cerca del Señor...

Podéis oírla en: <https://youtu.be/Lcp3HS1no90>